

# LA TERTULIA.

Periódico semanal de literatura y de artes.

## EPISODIO DE LA VIDA

DEL PINTOR

SALVADOR ROSA.

¡Qué peñasco tan tosco! exclamaba cierto día un jóven inclinado sobre un abismo. Si me ocurriera la idea de abandonarme á uno de esos grandes trabajos que suelen inmortalizar un nombre, esta montaña seria mi Cáucaso. Aquí haria descender al buitre que roía las entrañas de aquel atrevido mortal, cuya mano arrebató la llama celestial de los dioses.

Mientras se dejaba llevar de su entusiasmo, un corpulento bandido, apuntándole con su carabina, le gritó: «Caballero, la bolsa ó la vida.»

El jóven volvió la cabeza con la calma del viagero que se halla acostumbrado á tales saludos, y le contestó: ¡La bolsa! pídesela al último posadero del valle: en cuanto á la vida tómala si la quieres: eres dueño de ella. Por ese natural instinto que nos obliga á compadecer á los que padecen, el bandido bajó la carabina, y le dijo: «¿Con que tan desgraciado eres? Pues bien: vente con nosotros.»

Al concluir estas palabras llegaron otros bandidos y con ellos una muger de extraordinaria belleza, que corrió hácia el que se presentó primero para saber si le habia sucedido alguna cosa.

—¿Quién es este jóven? preguntó un viejo barbudo que parecia ser el gefe.

—Un muchacho sin armas, discípulo sin duda de alguna escuela de pintura, porque ha

colocado un lápiz y un papel sobre esa peña.

—Que muera al instante, gritó aquel hombre feróz. Los pintores son espías nuestros; nos retratan para que nos conozca el gobierno, y así no puede uno entrar en los pueblos, ni aun para oír misa. No haya perdon para él.

—Sin embargo, replicó el primero, parece un hombre desgraciado, y supuesto que hemos perdido á Francisco, que tenia su edad poco mas ó menos, debiamos quedarnos con él, y esto era lo que le proponia al llegar la partida.

—Gracias por tu intencion, contestó el prisionero: no me agrada el oficio.

—Creía que fueses un verdadero hijo de Nápoles, y perseguirias á los españoles nuestros tiranos.

—Soy hijo de Nápoles, es verdad, y odio al virrey y á los suyos, acaso mas que vosotros. Si se trata de arrojarlos de nuestra patria, no seré el último para desenvainar la espada, pero jamás la sacaria para quitar á los indefensos sus tesoros.

—Muera el insolente, gritó el viejo encolerizado.

Ninguno habló entónces en favor del jóven; y solamente la muger le dirigió algunas miradas compasivas, sin atreverse á abrir sus lábios.

—Una gracia os pido antes de morir, dijo el jóven: que me permitais mirar la hermosa campiña que se descubrirá desde esa roca. Ay! dejadme ver la salida del sol por entre aquellas nubes de carmin y grana. Dejadme contemplar el sublime espectáculo de la naturaleza por última vez!

—Bien, sube á donde quieras, contestóle el viejo, que no te escaparás, y aun te aconsejo que te vayas á lo mas alto de la peña,

para que si no quedas muerto de las balas, te empujemos y nos ahorres otros cartuchos.

—Gracias, gracias. Y con efecto, subióse á la cima de aquella elevada roca que descubría un valle magnífico, como lo son todos los de Italia. El primer bandido al ver tanta serenidad hirió la tierra con su carabina y demostraba un sentimiento profundo: los compañeros amartillaron sus escopetas para hacer fuego.

—Gran Dios! exclamó el jóven entusiasmado al contemplar el panorama que se presentaba á sus ojos. Yo te bendigo, Dios mio, y moriré contento. En seguida dobló como pudo una rodilla y se inclinó un poco cual si se hallase meditando.

—Muchachos, gritó á sus partidarios el gefe: estad listos; voy á ver si está rezando y á decirle que abrevie. Acercóse al jóven y vió que tenia el lápiz en la mano y puesta la cartera sobre la rodilla, dibujaba aquel paisaje que se le ofrecia á su vista; descollando por entre matorrales espesos cierta cabaña colocada en la falda de un collado. Al verla el viejo dió un agudo grito de admiracion, y exclamó: «Mi casa! esa es la casa en que he nacido! Ya no existen las rosas ni los arbustos que la rodeaban!»

Sorprendido el pintor con aquellas voces, volvió la cabeza involuntariamente.

—Oh! si la hubiérais visto en otro tiempo! Allí vivió mi padre como un monarca, hasta que por no pagar los impuestos que oprimen al pueblo, vinieron los soldados españoles y alemanes y nos saquearon, muriendo el infeliz en la defensa: mi madre despues espiró de dolor, y yo huí por esas montañas jurando ódio á los hombres! Terribles han sido mis represalias; he incendiado muchas casas; he derramado arroyos de sangre, y al mirar ahora esa cabaña, conozco que mi corazon no está satisfecho, que pide todavia venganza!

El jóven continuaba en su trabajo con gran prisa. Aproximósele entonces el bandido, y cuál no fué su sorpresa al mirar dibujada exactamente aquella cabaña, rodeada de rosas y de arboledas, cual en otro tiempo.

—Así, así, gritó con alegría dando un abrazo y besando la mano que oprimia el lápiz: así era cuando vivia en ella feliz!

Los demas bandidos acudieron al ver esta escena y rodearon al artista.

—Jóven, le dijo el primero que le halló: desde ahora te protegeremos. Yo tambien he sido pintor: si he dejado los pinceles para empuñar la carabina, ha sido por efecto del amor que profesó á la hija de este anciano que nos manda. Aquí tienes, señalando á la muger, una vírgen tan hermosa como las de Rafaell: por ella soy bandido.

—Cierto que es muy bella, contestó el pintor: su retrato seria una obra maestra, y desde ahora te lo ofrezco por mi rescate. Los ojos de aquella muger brillaron de alegría, y el anciano derramando algunas lágrimas, le dijo:

—Acepto tu proposicion, pero no será solo tu rescate el premio de tu trabajo. Cubriré de oro toda esa cartera asi que lo hayas concluido.

El artista dió principio á su obra inmediatamente y copió aquella hermosa muger que tenia delante. La partida permanecié admirada y el viejo cumplió su oferta:

—Toma 200 escudos de oro, le dijo cuando terminó el retrato: ¿tienes bastante?

—Ah señor! exclamó el jóven dando un profundo suspiro: los prenderos jamás me pagaron tanto mis ensayos. ¡Dios mio! En estas asperezas hallo quien me anime y me recompense! Desde hoy consagro mi vida al arte: algun dia os devolveré lo que ahora os debo, y pues habeis sido mi *Salvador*, con este nombre firmaré en adelante mis cuadros.

—Bien! contestóle el primer bandido mirando el retrato de su amada: los venideros siglos pronunciarán con entusiasmo el nombre del pintor *Salvador Rosa*.

M. M. DEL C.

---

## El desvan del diablo.

---

Habrá ocho años, poco mas ó menos, que se detuvo á la puerta de una casa cerca de la Magdalena de Paris un elegante carruage: el caballero que iba en él preguntó al portero si

había algunas habitaciones para alquilar, y á la respuesta afirmativa de éste se bajó, ofreciendo en su aire, vestido y condecoraciones, todas las muestras de pertenecer á la clase mas distinguida de la sociedad.

—Dignaos enseñármelas, dijo.

—Hay en el piso principal, contestó el portero quitándose su gorra de nutria, una habitación magnífica, empapelada al último gusto y con chimeneas á la inglesa.

—No me conviene, interrumpió el desconocido.

—¡Ah! pues, ya sé que es lo que deseais, caballero: tengo otra en el piso tercero muy cómoda: tiene cuatro piezas y cocina; no hace un mes que la desocupó un diputado.

—Bueno, bueno, dijo el otro impaciente ya con la charla sería del viejo: pero no quiero nada de eso, lo que quiero es alquilar el desvan.

—¡El desvan!

—El desvan... ¿de qué os admirais?

—Señor, el desvan no es habitación para una persona como vos... es inhabitable, está á cuatro vientos, y estariais espuesto á una pulmonía.

—No importa, quiero el desvan: ¿en cuánto lo alquilais?

—Si absolutamente lo quereis, vaya: os costará cien francos al año, pero á mí me parece....

—Yo no he venido á consultar vuestro parecer, hacédlo limpiar, porque voy á ocuparlo inmediatamente.

Y diciéndo esto el nuevo locatario dió un Luis al portero, dejándole lleno de confusion, con la gorra en la mano mientras él desapareció en su elegante carruaje.

—Esto es muy raro, dijo el viejo á su muger, alojarse un hombre de su clase en un desvan! Si será algun jugador ó algun ratero!

—Y á tí que te importa? contestó la muger: como pague corriente, sea quien fuero.

El desvan fué al momento barrido y desollinado, repuestos los cristales de su única ventana y arreglado lo mejor que se pudo.

Algunas horas despues volvió el desconocido seguido de un mozo que llevaba en hombros un cofre de ébano de una figura muy extraña... ¡casi parecia un atahud!

Cuando el mozo bajó de dejar el cofre, el portero que habia entrado en curiosidad le preguntó:

—¿Qué hay en esa caja negra que habeis subido?

—Yo no sé; lo único que puedo asegurar es que posa terriblemente.

—¿Si será un cuerpo muerto? dijo la portera, oh! pero no es posible!

—Qué! contestó el marido, iría un señor de coche á alquilar un desvan para meter una cosa tan lúgubre!...

Todavía no habia concluido la frase, cuando el desconocido se le acercó diciéndole:

—Yo no quiero recibir sino á un solo sujeto: atended á las señas para que lo conozcais; es jóven, alto, bien parecido, pero de un aire y aspecto siniestro.

—Señor; decidme su nombre.

—No puede ser, él no quiere que se sepa que viene á trabajar conmigo.

—¿Y entónces cómo lo distinguiré yo entre tantos como vienen aquí?

—Por lo que él os diga.

—¿Y qué dirá?

—Dirá: *vengo por el diablo*.

El portero dió un paso atrás al oír semejante contraseña, el desconocido se marchó á su desvan, y pocos minutos despues se presentó el amigo. En efecto, su figura era bastante sombría, sus largas y negras pestañas y sus ojos, que brillaban con un fuego extraordinario, daban á su fisonomía un carácter fantástico.

—Por el diablo! dijo.

—Arriba está, señor; bien podeis subir, contestó el portero.

Esta visita se repitió todos los dias siguientes: el locatario y su amigo se encerraban en el desvan, donde pasaban largas horas cantando juntos canciones impías hasta las cinco de la tarde que se marchaban.

Habría transcurrido un mes, y la curiosidad del portero crecia extraordinariamente sin poder atinar con lo que hacian los dos amigos encerrados con aquel cofre negro, hasta que un dia no pudiendo contenerse, se acercó con mucha precaucion á la puerta del desvan, y por el agujero de la llave se puso á escuchar.

—Eh, valor! decia el locatario.

—Vos lo hallais muy facil, contestaba el

amigo, pero no se puede representar al diablo como se quiere.

—Es difícil, pero no imposible.

—Amigo, no me hallo capaz de hacer Lucifer.

—;Buen Dios, se dijo, el portero para si; estos malvados han hecho pacto con Satanás!

—Querido mio, decia el locatario á su interlocutor, el paso que vais á ejecutar es mas hermoso de lo que pensais.... en él hareis salir los muertos de sus tumbas.

—Virgen santa ¡qué horror! exclamó temblando el portero.

—Vos hareis una sublime invocacion á Satanás y á sus secuaces, y todos los demonios responderán á vuestra voz.

—;Jesus! ten piedad de mi alma! dijo el portero santiguándose y bajando las escaleras todo amedrentado: ahora mismo es preciso dar parte al comisario del barrio.

Y corriendo á la policia contó todo lo que habia oido con los detalles del cofre negro y la misteriosa contraseña de los dos amigos.

—Entónces el comisario se trasladó al desvan y las puertas se abrieron á la terrible orden de «abrid en nombre del rey.»

—Cómo os llamais? preguntó el comisario al locatario.

—Giácomo Meyerbeer, contestó éste sonriéndose.

—Y vos?

—Levasseur, primer bajo de la ópera, dijo el amigo de la contraseña.

—Señores, repuso el comisario quitándose el sombrero con respeto; se os acusa de sortilegio, y aunque yo no he creido en esto al portero, me figuré que este humilde desvan abrigaria algunos malhechores mas terribles que todos los hechiceros del mundo; pero vuestros nombres bastan para sacarme de mi error.

El comisario iba á marchar cuando el portero lo detuvo diciéndole:

—Pero señor, ¿porqué este caballero (señalando á Levasseur) decia que venia por el diablo, porqué su amigo le decia que invocara á Satanás, y últimamente, qué hay en ese cofre negro que parece caja de muerto?

Por única respuesta, Meyerbeer abrió el cofre.... y se vió toda una partitura: cien cuadernos de música perfectamente arreglados,

en cuyos forros se leia en grandes letras: ROBERTO EL DIABLO.

—He alquilado este desvan, dijo el compositor, para ensayar á Mr. Levasseur el papel infernal de Bortrau que debo hacer en mi ópera; y para entregarme á los estudios de mi arte que no puedo hacer en la fonda de los Príncipes donde estoy alojado.

Como no queria recibir sino á Mr. Levasseur y descábamos guardar el incógnito, él ha inventado la contraseña de «vengo por el diablo» porque en efecto venia para hacer ese papel.—;Abhh! exclamó el pobre portero que estaba confundido con las razones del maestro; este por su parte quiso vengarse de él de un modo que le sorprendiese mas todavia.

Quince dias despues el comisario y el portero denunciador se hallaban sentados en dos lunetas, asistiendo á la primera representacion de *Roberto el Diablo*, de esta obra maestra de las composiciones alemanas: el primero unia sus palmadas á los estrepitosos aplausos con que el público recibia la nueva ópera; y el portero permaneciò estático sin decir una palabra hasta el tercer acto: que viendo á Levasseur en la escena de la invocacion, tattamudoó:

—Todavia no estoy yo muy convencido de que este hombre no sea el mismo diablo.

---

## BIOGRAFIA MUSICAL.

---

El maestro Meyerbeer.

---

Nacido el maestro Joaquin Meyerbeer, en Berlin el año 1794, de una familia cuya opulencia hubiera ahogado una voluntad menos firme que la suya, reveló desde su mas tierna infancia la mas decidida vocacion para el arte musical.

Lo mismo que todos los grandes compositores dramáticos de la Alemania, comenzó Meyerbeer siendo un virtuoso notable en el

piano, cuyos elementos aprendió bajo la dirección de un discípulo de Clementi. Después de estudiar la armonía y las primeras nociones de la composición con el director de la orquesta del teatro de la ópera de Berlín Bernardo Anselmo Weber, dejó su ciudad natal para ir á Darmstadt á tomar lecciones de contrapunto del abate Vogler, que era reputado por el mejor teórico de Alemania. Durante la tranquila y agradable permanencia de Meyerbeer, bajo la disciplina severa del abate Vogler, fué cuando conoció á Carlos María Weber, el inmortal autor del *Freyschutz*, obra que tiene mas de una semejanza con *Roberto el Diablo*.

En Munich se estrenó Meyerbeer sin éxito alguno con su primera producción, que fué una ópera en tres actos titulada: *La hija de Jephé*. Triste, empero sin desanimarse el compositor, que entonces solo tenia la edad de 18 años, por el resultado de su primer ensayo, se trasladó á Viena, en cuya capital se adquirió una gran reputación como pianista. Faltó poco para que los triunfos del virtuoso no se hicieran un escollo para la gloria del compositor; empero después de una nueva prueba en el teatro de Viena, en el cual hizo representar una ópera bufa en alemán titulada *Alcimeck ó los dos Califas*, siguiendo Meyerbeer el consejo que le diera Salieri, se decidió á emprender un viaje á Italia. Llegó á Venecia casi al mismo tiempo en que Rossini daba á la escena su primera obra maestra *Tancredi*. Asegúrase que esta encantadora música hizo tal impresion en el autor de *Roberto el Diablo*, que ella modificó enteramente sus ideas, y transformó la aversión que habia concebido por la escena italiana, en una viva admiración; sentimiento en tanto mas conforme, en cuanto no fué inútil al desarrollo de su talento. No tardó mucho en experimentarlo, pues en Padua tuvo la dicha de componer para la *prima donna* señora Pisaroni, una ópera semiseria titulada *Romilda ó Costanza*, que fué acogida con entusiasmo. El gran cantor Pachiarotti que todavia vivia á la sazón, y contaba mas de 80 años de edad, se dignó dar al maestro Meyerbeer algunos saludables consejos sobre la manera de escribir para la voz humana.

Discípulo el joven *Tedesco* del abate Vogler, que lo habia sido del padre Valotti, maestro de capilla de la iglesia de San-Antonio, no

le costó mucho trabajo adquirirse las simpatías de los habitantes de Padua, que creian que el autor de *Romilda ó Costanza* les pertenecía por los lazos de un parentesco intelectual.

En vez de dormirse el joven maestro sobre sus primeros laureles, continuó componiendo con la mayor asiduidad para adquirirlos mas y mas inmarcescibles. Las óperas *Emma di Resburgo*, *Marguerita d' Anjou*, y *Il Crociato in Egipto* que fué representado en Venecia el 26 de diciembre de 1823, esparcieron el nombre de Meyerbeer por toda la Italia, y la Europa fijó en él sus miradas. Entonces fué cuando recibió el maestro la invitación de Mr. Sosthenes de La Rochefoucauld para pasar á Paris á dirigir los ensayos de su ópera *Il Crociato*, la cual iba á ponerse en escena en aquel teatro italiano. Fué una circunstancia decisiva en el destino de Meyerbeer su llegada á la capital de Francia, gran centro de la moderna civilización, á la cual Gluck fué tambien á fines del siglo XVIII á obrar una memorable revolución en la música dramática.

Puesto en contacto con el talento claro y positivo de la Francia, después de haberlo estado con el genio fácil y melódico de la Italia, la inteligencia meditativa y profunda de Meyerbeer recibió un choque saludable, que hizo brotar el vivo manantial de su propia inspiración. En efecto: desde *Roberto el Diablo* y *Los Hugonotes* data, por decirlo así, el suceso del maestro Meyerbeer, porque sus mejores obras italianas tales como *La Marguerita d' Anjou* y *Il Crociato*, son las manifestaciones perfectamente caracterizadas y los preludios de un gran artista que busca su camino. No obstante, los trozos notables que se encuentran en las óperas alemanas é italianas de Meyerbeer ya respiran el germen de ese estilo vigoroso, sabio y complicado del cual *Roberto el Diablo* y *Los Hugonotes* son los monumentos inmortales.

Nuestro compositor, lo mismo que su condiscípulo Carlos María Weber, llegó tarde y al cabo de largos rodeos al conocimiento de sí mismo. El talento penetrante de Meyerbeer, lleno de sagacidad y profundidad, no participa de las ventajas ni de las enfermedades de esas naturalezas espontáneas, que brillan como la luz, prodigando sin medida y sin cuidarse del siguiente día, el perfume de

la juventud y la herencia paternal. Filósofo y pensador á la vez, la idea solo germina en él lentamente y á la vista de la razon; y cuando consiente en abrirle las puertas de la vida, es porque casi está seguro que ella hará gloriosamente su camino. Meyerbeer nada abandona al azar, prevé cuanto puede preverse y combina sabiamente todos los efectos en los cuales fija los matices. Sus partituras rebosan notas explicatorias, señales ingeniosas que indican su vigilante genio y sus profundos conocimientos en la estrategia dramática.

Nacido en el Norte, alimentado desde sus mas tiernos años con la robusta armonía de los Bach, del cual reproduce algunas veces la áspera sequedad, con el oído acostumbrado á la completa sonoridad de la instrumentacion alemana, Meyerbeer es un espíritu positivo que descuella en la pintura de las pasiones humanas entre cuantos quieran delinearlas. Las quejas del amor en su divina inocencia, los éstasis de los sueños, los sollozos de la melancolía, los transportes de la oracion, todas estas manifestaciones espontáneas y líricas de nuestra alma, y en fin, cuantas pasiones pueden agitar al hombre en medio de la vida social, se hallan en la música de Meyerbeer; y algunas de ellas donde resaltan con visísimos colores son en sus dos últimas óperas *Los Hugonotes* y *El Profeta*.

---

## POESIA.

---

A la célebre poetisa la señorita doña  
Carolina Coronado.

Si Gades tanto te admira  
y por tus gracias delira,  
yo á tus piés rindo sin calma  
para cantarte, mi lira,  
para adorarte, mi alma.

¿A quién no has de enloquecer

con tu canto y tu sonrisa,  
si sabe ostentar tu ser  
la boldad de la muger,  
y el genio de la poetisa?

Suena tu dulce cantar,  
y acallan en el momento  
para mejor escuchar,  
su estruendo sublime el mar,  
su ronco zumbido el viento.

Carolina, la fortuna  
arrulló tu blanda cuna,  
y al mundo á gozar te lanza,  
inocente cual la luna,  
alegre cual la esperanza.

Al verte ahoga mi acento  
la fuerza del sentimiento,  
que Dios te dió en galardón,  
para croar, el talento,  
para amar, el corazón.

Por eso entre aplauso fiel  
halagándote dichosa,  
rínde el andaluz vergel  
á tu cancion un laurel  
y á tu mirada una rosa.

Yo estático á los fulgores  
de tus rasgos seductores,  
quisiera con ansia estrova  
estrellas darte por flores  
y todo un sol por diadema.

Y absorto al oír tus cantares  
del Pindo español florones,  
alzarte en la tierra altares,  
y en el cielo luminares  
con fuego de corazones.

Y á tus hombros, Carolina,  
prender el manto de Abril,  
de esa tu planta gentil  
siendo alfombra peregrina  
los carmenes del Genil.

Yo... mas ¡ah! tan solo ahora  
te brindo un alma que flora;  
que el lirio una vez tronchado  
prestar no puede á la aurora  
un aroma regalado.

Pienso que vas á partir  
y es tan grande mi pesar,

que no lo alcanzo á decir...  
pues poco sabe espresar  
quien mucho llega á sentir.

Se cubre el suelo de abrojos  
al contemplar mi despecho:  
el labio derrama enojos,  
suspiros de angustia el pecho,  
llanto de sangre los ojos.

¡Infeliz el alma ardiente  
que concibe una pasión!  
tu imagen llevo en la mente:  
un volcan tengo en la frente  
y un dardo en el corazón.

Ay! ¡qué triste es esperar  
si rienda llegara á dar  
á mi mal fiero y profundo!  
Con llanto formara un mar:  
con ayes llenara un mundo.

¿Y jamás he de haber  
la luz que en tus ojos brilla?  
¿Y Gades te ha de perder  
cuando el cáliz del placer  
vertiera Dios en su orilla?

Vuelvo á su márgen amena;  
que al ensayar tu canción  
hallaré tu corazón  
en cada grano de arena  
una nueva inspiración.

Vén con la palma gloriosa  
que el génio te ciñó ufano:  
vén que una ilusión de rosa  
te dará en paz deliciosa  
cada onda del océano.

Vén que con dulces loores  
tus cantos se adunarán;  
y si aquí no nacen flores,  
entre perlas de colores  
bajo tu pié brotarán.

Vuelvo que aquí en amor santo  
se abrasa mi pecho herido:  
vén á calmar mi quebranto  
y en cada eco de tu canto  
encontraré un bien perdido.

Vén que no me es dado ahogar  
amor tan tierno y profundo;  
pues no te podré olvidar,

aunque nos separe un mar,  
aunque nos divida un mundo.

JOAQUIN DIAZ DE TEZANOS.

---

## CIRCO.

---

Dióse el juéves último en este teatro, en beneficio de la señora Concepcion Rodriguez, una funcion monstruo que solo podia competir por sus colosales dimensiones, con las que se celebraron ha pocos dias en beneficio del señor Garcia y del señor Cuchillada. Representaron primeramente el drama-novela titulado: *La berlina del emigrado*, el cual fué escuchado con bastante frialdad, no obstante el ruido de los tambores, el estampido del cañon, las batallas y los asaltos, y otras cosas no menos estupendas y estrepitosas de que, ¡Dios gracias! abunda este gran melodrama digno de ser comparado con *Los horrores de la Lorena*, ó con *El terremoto de la Martinica*. Sin embargo, el bombardeo animó un poco al público, y no podia menos de suceder así al ver suspendidas en el aire las bombas que arrojaban los austriacos á un pueblo de la Francia, y que voloteaban cual mariposas por encima del campamento enemigo; no faltaron personas que atribuyeron este fenómeno al horror que debió inspirar á las bombas los lagos de sangre que inundaban las ciudades de la Francia en la calamitosa época del terror.

Concluido este drama que constaba nada menos que de cinco actos, se bailó *La Crakoviana*, baile bastante largo y entretonido que alegró los corazones oprimidos con el espectáculo de horrosos crímenes y de sangrien-

tas escenas. Vino en seguida la comedia en dos actos *El Sordo en la Posada*, del género de los Comellas, y por consiguiente muy apropiado para complacer á los concurrentes del Circo, los cuales dieron en mas de una ocasion señaladas muestras de su regocijo. Verdad que en medio de sus grandes defectos, no carece la pieza de algunas situaciones bastante cómicas y muy buen efecto.

Cantóse despues por la señora Rodriguez una tonadilla, y por último se representó la muy conocida comedia en tres actos *El médico á palos*.

Por manera, que la fiesta se compone de diez actos de comedia, un gran baile y una tonadilla; por donde se vé que la funcion fué tres veces mas larga que las que suelen darnos cualquier otro teatro.

No es, pues, extraño que diese principio á las cinco y media y concluyese muy cerca de las doce de la noche.

La ejecucion en general fué poco mas ó menos como siempre. Se advierte en los actores deseo de complacer al público: ello basta para que éste perdone los defectos que se notan en algunos, que con el tiempo tal vez vayan corrigiendo. Hubo aquella noche una novedad, á saber, la presentacion de los señores Navarros, que trabajaron gratis en todas las tres comedias á favor de la beneficiada.

Digna de elogio es esta accion generosa. Desempeñó bien sus papeles el gracioso, que conocedor bien del terreno en que se halla, sabe amoldarse al gusto de la mayoría de los espectadores. Y así es que en *El Sordo en la Posada* escitó de continuo la hilaridad del público, si bien apelando á ciertos recursos de los que es seguro no se hubiera servido en el teatro Principal. Fué aplaudido repetidas veces, así en esta pieza como en *El médico á palos*,

en el cual desempeñó con inteligencia el papel del protagonista.

Su hermano se esmeró cuanto pudo, pero como es demasiado machucho para hacer de galan, produce mal efecto cuando desempeña estos papeles; no así cuando se encarga del de barba, que cual ningun otro, es el que mas conviene á su edad.

---

### TEATRO PRINCIPAL.

---

Continúa dando representaciones en este coliseo la compañía ambulante, dirigida por el señor Warella, pero solo tienen lugar en los domingos y demás dias festivos, y no pueda suceder de otro modo, porque siendo las funciones de cuenta de los actores, perderian los dias de trabajo lo que ganáran los festivos.

Dióse el domingo *El tarambana*, comedia entretenida y llena de situaciones cómicas, que movieron á risa, lo cual es precisamente lo que buscan en el teatro los espectadores. No menos divertida nos pareció la comedia titulada: *El hombre mas feo de Francia*, que hacia tiempo no se representaba en este teatro, y que produjo muy buen efecto. Los señores Warella y Navarro (el gracioso) alcanzaron del público repetidos aplausos.

No se puede negar al primero el buen tino que muestra en la eleccion de las comedias que hasta ahora ha puesto en escena, si se ha propuesto, como debe, hacer reir y no bostezar.